

PEDRO O LA PALABRA COMO CONJURO DE SALVACIÓN

ERNESTO DELGADO BAUDET

P. GARCÍA CAE



*desnudas quedamos las cosas.
y ya somos reductos transparentes.*

Transparencias fugadas

Mi recuerdo de Pedro se emplaza a aquellas veladas de los sábados en su casa de Santiago Cuadrado, allá por los años 79 y 80, cuando la tertulia y la lectura de poemas nos desbocaba, al recorrer el imaginario poético que a nuestras ansias juveniles proporcionaba nuestro anfitrión. Inquiriéndolo, pesquisando y rastreando la vida de nuestro “amigo mayor”, ya fuera por datos y citas que

nos proporcionaba directamente Domingo Pérez Minik a través de parloteos en su casa o por aquellas referencias un tanto míticas entresacadas del acervo popular o por su propia poética dimanada desde sus libros o intervenciones, como la del primer congreso de literatura celebrado entre la universidad de La Laguna y el Ateneo de esta ciudad, rastreábamos y reconstruíamos una personalidad que, amén de compleja, consistente y veraz, fue también honesta, responsable y sensible en su desplegar inconformista y temperamental. Donde la inocencia de la palabra fraguaba con la contundencia de un destino personal abrupto, lúcido y consciente de la importancia del desafío a la pacatería y a la idiotez que generaba la recién estrenada democracia con sus “pactos de la Moncloa” y la servidumbre a los mismos que habían gobernado durante cuarenta años los destinos de este país, asunto que enardecía sus entresijos y le hacía perder su proverbial bonhomía transformándolo en un Ecce Homo sin consuelo.

El trauma brutal de la guerra civil, su deportación a Villa Cisneros, sus exilios externos e internos. La ilusión de una república cercenada, la importancia del movimiento surrealista en su literatura y en la de la generación de “Gaceta de Arte”, el conocimiento de Bretón, Sartoris, Gasch, Peret o Jaqueline. El conocimiento de autores como Luis Jiménez Martos, Bousoño, etc. Su relación con Agustín Espinosa, Domingo López Torres, Emeterio Gutiérrez Albelo, Oscar Domínguez o el propio Domingo Pérez Minik o Eduardo Westerdahl. Las anécdotas del escándalo de la exposición surrealista en Tenerife o el misterio de la desaparición de la película de Dalí y Buñuel eran, entre otros asuntos, los temas que jaleaban nuestras entrañables tertulias con Pedro.

Como poeta y como ser humano Pedro postulaba la sencillez y la humildad, la universalidad cosmopolita del canario y la libertad del pensar (liberación de la palabra y las formas y desmembramiento del poema como sustitución del mundo, tanto en la clave onírica surrealista como en clave de una inusitada lucidez desacralizadora). Este modo de ver la vida queda bien patente en *Líquenes* (1928), *Transparencias fugadas* (1934), *La rodilla en el agua* (escrita en 1935 y publicada en 1981), así como en *Dársena con despertadores* (1980). Obras que eran referentes míticos para nuestra bisoña sensualidad. No soportaba la megalomanía del autor relamido, la pedantería y la prepotencia, la palabra servía para decir nuestra verdad, aquella que brota de lo profundo de nuestro ser, de la emoción y la emoción es sencilla y patrimonio del ser que somos todos. Aún recuerdo que nos insistía en que tanto en la vida como en la poesía había que ahondar mucho desde nuestra juventud, ya que el paso de los años se encargaría de hacernos retroceder, dejándonos en nuestro justo lugar. La emoción del poema, por tanto, es su vitalidad y hay que ser lo más fiel que nos permita la vida, a nuestra inocencia, si deseamos transmitir con veracidad nuestra visión interior e insistía en que no nos inquietáramos ni desesperáramos en esa búsqueda, ya que la

suerte del artista es una revelación que se va posponiendo. Sólo perseverando en la experiencia del poema podíamos llegar a cierta fascinación enigmática ya que la memoria en su totalidad es insondable.

Era sumamente respetuoso con nuestras obsesiones y anhelos juveniles y creo que siempre procuró donosamente incitar en nosotros el tratar de ser fieles a nuestro sentimiento y de apreciar en la palabra, un instrumento capaz de desvelar nuestras ocultas ilusiones. Ya fuera transfigurada, distorsionada o desbocada, la palabra era nuestro instrumento y debíamos mimarlo. Pienso que en cierto modo nuestra vocinglera inmadurez le divertía o al menos le remontaba a su juventud, es por esto que tomaba una actitud tierna y displicente ante nuestra intemperancia.

Como educador que era, la crítica a la mojigatería y a una educación convencional y religiosa opuesta al libre pensamiento eran una constante en su discurso. Un estado sano debería propiciar ciudadanos libres que pensarán desde sí mismos y las instituciones tenían que abordar este compromiso ineludible para el futuro del ser humano. Tenía muy claro la idea de educación en la tolerancia, un debate que se está produciendo en la actualidad, en relación al papel de la sociedad democrática y el laicismo y en cuanto al hecho de que las creencias religiosas son un derecho de quienes las asumen, pero no un deber que pueda imponérsele a nadie desde una actitud integrista que tienda a convertir los dogmas propios en obligaciones sociales, como pretende imponer alguna confesión religiosa. Por tanto separar la fe de la legitimación estatal era fundamental en la educación de ciudadanos libres y desde su compromiso político lo dejaba bien claro en mítines y reuniones en las que participaba.

Su humanidad, su vitalismo contrariado, su optimismo y su capacidad conversadora sobrada de agudeza creaba en nosotros admiración y devoción. Era condescendiente y amable con toda criatura que se le acercara de buena fe, tanta era esta condescendencia que en alguna ocasión lo seguimos hasta su retiro anual al puertito de Güímar, costumbre adquirida tras su modesto retiro de la “petrolera”, donde éramos bien recibidos con una sonrisa y un “ya están aquí los chicos, Matilde”. Eso significaba que esa fiesta era para él. Hablábamos de poesía, de sucesos recientes, de anécdotas, que aunque triviales escuchaba ávidamente, del homenaje que le estábamos organizando en el Círculo de Bellas Artes (la foto de uno de los carteles que se editó con motivo del homenaje la efectuamos allí mismo y con urgencia, ya que el director general de cultura del momento que era Ignacio García-Talavera se había comprometido a correr con los gastos de la edición del mismo y del ágape posterior al homenaje), de las adhesiones y telegramas recibidos, así como de los contratiempos que iban surgiendo; algún suceso divertido que podría figurar en alguna antología del despropósito o en algún folletón de Sharpe.

En el Círculo de Bellas Artes nos tocó oficiar de anfitriones a nosotros, la joven poesía del momento, término que nos designaba y con la que no todo el mundo



estaba conforme. El homenaje no sólo se hacía a la figura de Pedro, tenía un criterio más amplio, también a “Gaceta de Arte”, a su escuela y a sus miembros sobrevivientes, allí recogieron entre otros sus ramos de flores e intervinieron, Domingo Pérez Minik y Eduardo Westerdhal junto a Maud. Participaron una pléyade de nuevos autores, como le gustaba decir a Rafael Fernández, y recibimos grandes apoyos, ya que Pedro era querido y admirado por muchas personas. El acto se desbordó, no cabía el público en el salón. La calle del Castillo había sido invadida. Con gran impericia y mucha improvisación fuimos resolviendo las dificultades. La prensa invadía el espacio escénico y no nos dejaba desarrollar con solvencia el programa de actividades. Al final llevando a Pedro y a Matilde a su casa y embriagado por el calor recibido nos comentaba: ¡coño, esto ha sido increíble!... Esa fue mi mayor satisfacción.

Los días ulteriores la prensa y la radio se encargaron de dar cuenta del acto. Recuerdo todavía la impresión de un texto de Eliseo Izquierdo elaborado con gran cariño y la reproducción en radio de las intervenciones de Antonio Abdo y Pilar Rey recitando textos de Pedro. Los monográficos de la página “Borrador” de Fernando Senante en el *Diario de Avisos* y del “Tagoror” en el desaparecido *La Tarde* y la vorágine del momento, acudiendo a un sinfín de programas de radio.

Los últimos recuerdos que me quedan de Pedro son tras su regreso de Estocolmo, donde había marchado para someterse a tratamiento y quimioterapia. Decidimos Fermín Higuera y yo visitarlo ya que nos habían llegado noticias de su desahucio médico. Subimos al piso y advertimos el revuelo. Ya no estaba el cuadro de Oscar Domínguez en la sala, posteriormente fuimos enterados que éste había sido vendido para poder hacer frente a los gastos que originó la enfermedad. Pasamos a la habitación y permanecemos en silencio. Aquellas inolvidables y fascinantes sesiones llegaban a su fin. Pedro siempre amable y accesible en su trato, del cual no recuerdo haberle visto comportarse jamás de forma insolente, seguía aún en esos momentos manteniendo la cortesía. Fermín y yo salimos con lágrimas en los ojos y demudados. Comprendí entonces que la poesía no es asunto de grandes textos sino de grandes *maestros*.

De Pedro me queda esa rectitud y obstinación por la palabra, el valor de la rigurosidad de conciencia en la función literaria, el tratar de llegar a ese núcleo incandescente que es nuestra verdad, la exploración de nuestro mundo interior en un intento por desvelar los mecanismos de desviación del alma, el incansable y fatigoso trabajo que supone la inacabable educación de un talento, el valor de la trasgresión, la desconfianza a los dogmas y cierta actitud iconoclasta así como un inmenso amor por esta tierra en la que vivo y sus gentes, que con estoicismo y empeño siguen abordando sus quehaceres con divino encomio.

